LOS PESCADORES DE VIGAS

HORACIO QUIROGA



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Los pescadores de vigas

El motivo fue cierto juego de comedor que mister Hall no tenía aún, y su fonógrafo le sirvió de anzuelo.

Candiyú lo vio en la oficina provisoria de la «Yerba Company», dónde mister Hall maniobraba su fonógrafo a puerta abierta.

Candiyú, como buen indígena, no manifestó sorpresa alguna, contentándose con detener su caballo un poco al través ante el chorro de luz y mirar a otra parte. Pero como un inglés a la caída de la noche, en mangas de camisa por el calor y con una botella de whisky al lado es cien veces más circunspecto que cualquier mestizo, mister Hall no levantó la vista del disco. Con lo que, vencido y conquistado, Candiyú concluyó por arrimar su caballo a la puerta, en cuyo umbral apoyó el codo.

-Buenas noches, patrón. ¡Linda música! -Sí, linda -repuso mister Hall. -¡Linda! -repitió el otro- ¡Cuánto ruido!

-Sí, mucho ruido -asintió mister Hall, que hallaba no desprovistas de profundidad las observaciones de su visitante.

Candiyú admiraba los nuevos discos: -Je costó mucho a usted, patrón? -Costó... ¿qué?

-Ese hablero... los mozos que cantan.

La mirada turbia, inexpresiva de mister Hall se aclaró. El contador comercial surgía.

-¡Oh, cuesta mucho! ¿Usted quiere comprar?

-Si usted querés venderme... -contestó por decir algo Candiyú, convencido de antemano de la imposibilidad de tal compra. Pero mister Hall proseguía mirándolo con pesada fijeza, mientras la membrana saltaba del disco a fuerza de marchas metálicas.

-Vendo barato a usted... ¡cincuenta pesos!

Candiyú sacudió la cabeza, sonriendo al aparato y a su maquinista, alternativamente:

-¡Mucha plata! No tengo. -¿Usted qué tiene, entonces?

El hombre sonrió de nuevo, sin responder.

-¿Dónde usted vive? -prosiguió mister Hall, evidentemente decidido a desprenderse de su gramófono.

-En el puerto.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

-¡Ah! Yo conozco a usted... ¿Usted llama Candiyú? -Me llama...

-¿Y usted pesca vigas?

-A veces, alguna vigüita sin dueño...

-¡Vendo por vigas!... Tres vigas aserradas. Yo mando carreta. ¿Conviene?

Candiyú se reía.

-No tengo ahora. Y esa... maquinaria. ¿tiene mucha delicadeza?

-No; botón acá, y botón allá...; yo enseño. ¿Cuándo tiene madera? -Alguna creciente... Ahora ha de venir una. ¿Y qué palo querés usted? -Palo rosa. ¿Conviene?

-¡Hum!... No baja ese palo casi nunca... Mediante una creciente grande solamente. ¡Lindo palo! Te gusta palo bueno a usted...

-Y usted lleva buen gramófono. ¿Conviene?

El mercado prosiguió a son de cantos británicos, el indígena esquivando la vía recta y el contador acorralándolo en el pequeño círculo de la precisión. En el fondo, y descontados el calor y el whisky, el ciudadano inglés no hacía un mal negocio cambiando un perro gramófono por varias docenas de bellas tablas, mientras el pescador de vigas, a su vez, entregaba algunos días de habitual trabajo a cuenta de una maquinita prodigiosamente ruidera.

Por lo cual el mercado se realizó a tanto tiempo de plazo.

Candiyú vive en la costa del Paraná desde hace treinta años; y su hígado es aún capaz de eliminar cualquier cosa después del último ataque de fiebre en diciembre pasado, debe vivir todavía unos meses más. Pasa ahora los días sentado en su catre de varas, con el sombrero puesto. Sólo sus manos, lívidas zarpas veteadas de verde, que penden inmensas de las muñecas, como proyectadas monótonamente sin cesar, con temblor de loro implume.

Pero en aquel tiempo Candiyú era otra cosa. Tenía entonces por oficio honorable el cuidado de un bananal ajeno y -poco menos lícito-el de pescar vigas. Normalmente, y sobre todo en época de creciente, derivan vigas escapadas de los obrajes, bien que se desprenden de una jangada en formación, bien que un peón bromista corte de un machetazo la soga que las retiene. Candiyú era poseedor de un anteojo telescopado, y pasaba las mañanas apuntando al agua hasta que la línea blanquecina de una viga, destacándose en la punta de Itacurubí, lo lanzaba en su chalana al encuentro de la presa. Vista la viga a tiempo la empresa no es extraordinaria, porque la pala de un hombre de coraje recostado o halando de una pieza de 10 por 40 vale cualquier remolcador.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

.....

Allá en el obraje de Castelhum, más arriba de Puerto Felicidad, las lluvias habían comenzado después de sesenta y cinco días de seca absoluta, que no dejó llanta en las alzaprimas. El haber realizable del obraje consistía en ese momento en siete mil vigas -bastante más que una fortuna-. Pero como las dos toneladas de una viga mientras no estén en el puerto no pesan dos escrúpulos en caja, Castelhum y Compañía distaban muchísimas leguas de estar contentos.

De Buenos Aires llegaron órdenes de movilización inmediata; el encargado del obraje pidió mulas y alzaprimas; le respondieron que con el dinero de la primera jangada a recibir le remitirían las mulas, y el encargado contestó que con esas mulas anticipadas les mandaría la primera jangada.

No había modo de entenderse. Castelhum subió hasta el obraje y vio el stock de madera en el campamento, sobre la barranca del Ñacanguazú al norte. -¿Cuánto? -preguntó Castelhum a su encargado. -Treinta y cinco mil pesos -repuso éste.

Era lo necesario para trasladar las vigas al Paraná. Y sin contar la estación impropia.

Bajo la lluvia, que unía en un solo hilo de agua su capa de goma y su caballo, Castalhum consideró largo rato el arroyo arremolinado. Señalando luego el torrente con un movimiento del capuchón:

-¿Las aguas llegarán a cubrir el salto? -preguntó. -Si llueve mucho, sí.

-¿Tiene todos los hombres en el obraje? Hasta ese momento, esperaba órdenes suyas.

-Bien -dijo Castelhum-. Creo que vamos a salir bien. Oigame, Fernández: esta misma tarde refuerce la maroma en la barra y comience a arrimar todas las vigas aquí a la barranca. El arroyo está limpio, según me dijo. Mañana de mañana bajo a Posadas, y desde entonces, con el primer temporal que venga eche los palos al arroyo. ¿Entiende? Una buena lluvia.

El mayordomo lo miró abriendo cuanto pudo los ojos. -La maroma va a ceder antes que lleguen mil vigas.

-Ya sé, no importa. Y nos costará muchísimos pesos. Volvamos y hablaremos más largo.

Fernández se encogió de hombros, y silbó a los capataces.

En el resto del día, sin lluvia, pero empapados en calma de agua, los peones tendieron de una orilla a otra en la barra del arroyo la cadena de vigas, y el tumbaje de palos comenzó en el

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

campamento. Castelhum bajó a Posadas sobre un agua de inundación que iba corriendo siete millas, y que al salir del Guayrá se había alzado siete metros la noche anterior.

Tras gran sequía grandes lluvias. A mediodía comenzó el diluvio, y durante cincuenta y dos horas consecutivas el monte tronó de agua. El arroyo, venido a torrente, pasó a rugiente avalancha de agua roja. Los peones, calados hasta los huesos, con su flacura en relieve por la ropa pegada al cuerpo, despeñaban las vigas por la barranca. Cada esfuerzo arrancaba un unísono grito de ánimo, y cuando la monstruosa viga rodaba dando tumbos y se hundía con un cañonazo en el agua, todos los peones lanzaban su ¡a...hijú! de triunfo. Y luego los esfuerzos malgastados en el barro líquido, la zafadura de las palancas, las costaladas bajo la lluvia torrencial. Y la fiebre.

Bruscamente, por fin, el diluvio cesó. En el súbito silencio circundante se oyó el tronar de la lluvia todavía sobre el bosque inmediato. Más sordo y más hondo, el retumbo del Ñacanguazú. Algunas gotas, distanciadas y livianas, caían aún del cielo exhausto. Pero el tiempo proseguía cargado, sin el más ligero soplo. Se respiraba agua, y apenas los peones hubieron descansado un par de horas, la lluvia recomenzó -la lluvia a plomo, maciza y blanca de las crecidas-. El trabajo urgía -los sueldos habían subido valientemente-, y mientras el temporal siguió, los peones continuaron gritando, cayéndose y tombando bajo el agua helada.

En la barra del Ñancaguazú, la barrera flotante contuvo a los primeros palos que llegaron y resistió arqueada y gimiendo a muchos más, hasta que, al empuje incontenible de las vigas que llegaban como catapultas contra la maroma, el cable cedió.

.....

Candiyú observaba el río con su anteojo, considerando que la creciente actual, que allí en San Ignacio había subido dos metros más el día anterior - llevándose, por lo demás, su chalana- sería más allá de Posadas formidable inundación. Las maderas habían comenzado a descender, cedros o poco menos, y el pescador reservaba prudentemente sus fuerzas.

Esa noche el agua subió un metro aún, y a la tarde siguiente Candiyú tuvo la sorpresa de ver en el extremo de su anteojo una barra, una verdadera tropa de vigas sueltas que doblaban la punta de Itacurubí. Madera de lomo blanquecino y perfectamente seca.

Allí estaba su lugar. Saltó en su guabiroba y paleó al encuentro de la caza.

Ahora bien, en una creciente del Alto Paraná se encuentran muchas cosas antes de llegar a

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

la viga elegida. Arboles enteros, desde luego, arrancados de cuajo y con las raíces negras al aire, como pulpos. Vacas y mulas muertas, en compañía de buen lote de animales salvajes ahogados, fusilados o con una flecha plantada aún sobre su raigón. Algún tigre, tal vez, camalote y espuma a discreción -sin contar, claro está, las víboras.

Candiyú esquivó, derivó, tropezó y volcó muchas veces más de las necesarias hasta llegar a la presa. Al fin la tuvo; un machetazo puso al vivo la veta sanguínea del palo rosa, y recostándose a la viga pudo derivar con ella oblicuamente algún trecho. Pero las ramas, los árboles, pasaban sin cesar arrastrándolo. Cambió de táctica; enlazó su resa y comenzó entonces la lucha muda y sin tregua, echando silenciosamente el alma a cada palada.

Una viga derivando con una gran creciente lleva un impulso suficientemente grande para que tres hombres titubeen antes de atreverse con ella. Pero Candiyú unía a su gran aliento treinta años de piraterías en río bajo o alto y deseaba además ser dueño de un gramófono.

La noche que caía le deparó incidentes a su plena satisfacción. El río, a flor de ojo casi, corría velozmente con untuosidad de aceite. A ambos lados pasaban sin cesar sombras densas. Un hombre ahogado tropezó con la guabiroba; Candiyú se inclinó y vio que tenía la garganta abierta. Luego, visitantes incómodos, víboras al asalto, las mismas que en las crecientes trepan por las ruedas de los vapores hasta los camarotes.

El hercúleo trabajo proseguía, la pala temblaba bajo el agua, pero era arrastrado a pesar de todo. Al fin se rindió; cerró más el ángulo de abordaje y sumó sus últimas fuerzas para alcanzar el borde de la canal, que rozaba los peñascos del Teyucuaré. Durante diez minutos el pescador de vigas, los tendones del cuello duros y los pectores como piedras, hizo lo que jamás volverá a hacer nadie para salir de la canal en una creciente, con una viga de remolque. La guabiroba se estrelló por fin contra las piedras, se tumbó, justamente cuando a Candiyú quedaba fuerza suficiente -y nada más- para sujetar la soga y desplomarse de boca.

Solamente un mes más tarde tuvo mister Hall sus tres docenas de tablas, y veinte segundos después entregaba a Candiyú el gramófono, incluso veinte discos.

La firma Castelhum y Compañía, no obstante la flotilla de lanchas de vapor que lanzó contra las vigas -y esto por bastante más de treinta días-, perdió muchas. Y si alguna vez Castelhum llega a San Ignacio y visita a mister Hall, admirará sinceramente los muebles del citado contador, hechos de palo de rosa.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Fin

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com